



Nietzsche frente a Habermas

Jesús Conill
Editorial Tecnos
168 páginas, 17,50 euros

Nietzsche lloró (y sonrió)

La confrontación de un espíritu libre entre dos tipologías de razón: la corporal y la comunicativa

A lo largo de la historia, la razón ha sido apreciada como el tema esencial de la filosofía. Lo cual no quiere decir que dicho concepto no haya sido problemático. Y lo sigue siendo. Ese es el sentir de Jesús Conill en este libro: seguir con una reflexión, o mejor, con un autorreflexión de la razón sobre sí misma. Para dicho fin, se pueden seguir diversos caminos especulativos, pero Conill escoge, siguiendo su trayectoria, la reconstrucción genealógica reconsiderando la postura nietzscheana.

Dicho esto, parece que con un acercamiento a Nietzsche sobra para explicar estos considerandos. Sin embargo, aparece, en esta cavilación de Conill, Jürgen Habermas. La primera pregunta es por qué. O, en todo caso, si partimos del planteamiento habitual de la filosofía contemporánea, este libro se debería titular «Habermas versus Nietzsche». Y no faltarían razones para ello, teniendo en cuenta la crítica que hace Habermas a Nietzsche, al señalar que este cae en una «ilusión perspectivista de afectos», aparte de quedarse prendido en un planteamiento estético. Pero, para cualquiera que haya seguido la trayectoria de Conill (un auténtico «espíritu libre»), ese poner a uno frente a otro se veía venir. No solo por tener el corazón partido, sino por la propia interpretación de Nietzsche (y también la de Habermas, en este caso). Recordemos que en su libro *El poder de la mentira* encontró los lazos entre Nietzsche y Kant que bien pueden resumirse en una idea: hermeneutizar a Kant. Nietzsche no rompe la línea kantiana, según demostró en su momento Conill, sino que amplía el horizonte de la razón.

Ahora, en este por el momento último libro, se trata de buscar el hecho de que estos dos autores no sean conjuntos disjuntos, siguiendo la línea señalada. Para ello, el autor recobra su habitual papel de detective de la razón para descubrir que una de las fuentes de Habermas ha sido inadvertida en el propio pensador alemán, y eso que es fundamental, según Conill, para comprender su conocida y reconocida teoría de la acción comunicativa.

La pista está en recobrar el interés por la razón -muy descentrada desde el paso del elefante posmoderno-, aquel concepto que en otros tiempos sirvieron para definir lo humano («un animal que tiene Lógos»), y hasta «lo universal». Y la mejor manera para lograr dicho interés consiste en poner a trabajar su lupa para ver mejor la genealogía de la razón. El enfoque genealógico consiste en reconstruir la historia de la formación del pensamiento y de la razón misma. Es ahí donde se reconcilia la razón corporal (impura, sentiente, vital...) y la razón comunicativa.

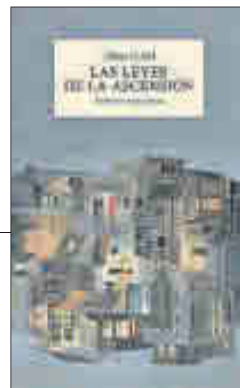
Pero eso no lo hace el catedrático de Filosofía Moral a partir de una superación hegeliana, y sí desde una filosofía hecha a martillazos, pero para construir y no para destruir, dando por sentado que el regreso a los orígenes es el mejor camino para descubrir un presente y un futuro de una razón en sentido histórica y corporal. Esto se consigue perfilando mejor la percepción habermasiana de la genealogía de la razón; porque, según Conill, esta deja lo sagrado encerrado en estadios anteriores del aprendizaje moral. Esta posición enturbia la propia percepción de la razón comunicativa, a la que le falta un auténtico análisis de la experiencia humana.

Por ello, habría que recobrar dicho aspecto sagrado, es decir, las entrañas religiosas de la razón moderna. Eso es lo mismo que averiguar qué es lo que otorga fuerza a la razón a través del dinamismo de las creencias. Es ahí donde Conill encuentra la falta de Nietzsche en Habermas al no haber planteado esta mencionada encrucijada entre Kant y Nietzsche. El Nietzsche que lloró -con ello recobro a modo de metáfora y no de contenido el título del libro de Irvin D. Yalom- la muerte de Dios, la muerte de un modo de entender la razón. Una muerte que acaba en sonrisa, porque la razón adquiere una nueva vida desde la perspectiva corporal (como centro de sabiduría y acción) y hermenéutica. Es ahí donde Conill escarba en las huellas de lo sagrado, o, en concreto, del cristianismo trágico (el del Jesús que anduvo en la mar, como decía Antonio Machado).



ENRIQUE
HERRERAS

teniendo en cuenta la crítica que hace Habermas a Nietzsche, al señalar que este cae en una «ilusión perspectivista de afectos», aparte de quedarse prendido en un planteamiento estético. Pero, para cualquiera que haya seguido la trayectoria de Conill (un auténtico «espíritu libre»), ese poner a uno frente a otro se veía venir. No solo por tener el corazón partido, sino por la propia interpretación de Nietzsche (y también la de Habermas, en este caso). Recordemos que en su libro *El poder de la mentira* encontró los lazos entre Nietzsche y Kant que bien pueden resumirse en una idea: hermeneutizar a Kant. Nietzsche no rompe la línea kantiana, según demostró en su momento Conill, sino que amplía el horizonte de la razón.



Las leyes de la ascensión

Céline Curiol
Editorial Errata Naturae Periférica
976 páginas, 28,50 euros

La revuelta imposible del siglo XXI

De manera efectiva y directa, la autora profundiza en la sociedad francesa

Bajo la estela de *El cuarteto de Alejandría*, de Lawrence Durrell, la escritora francesa Céline Curiol (Lyon, 1975) despliega un fresco polifónico del siglo XXI en *Las leyes de la ascensión* (Errata Naturae Periférica). En este volumen de casi mil páginas, en el que se cristaliza el placer de la narración, el lector se sumerge en la vida de seis personajes cuyos destinos se entremezclan, seis individuos aislados cada uno en su mundo, pero inevitablemente interconectados, a menudo por malentendidos que envenenan las relaciones entre ellos.

En esta constelación narrativa, las estrellas son Orna y Sélène, dos hermanas que compiten sin asumirlo, la primera una humilde periodista y la segunda una ambiciosa profesora universitaria en Dubái; Hope, una chica lista que abandona sus estudios en una Gran Escuela para trabajar en una gran librería digital donde los libros pierden toda su aura; Modé, un senegalés asimilado que trabaja para una asociación de refugiados y sueña con ser poeta; Pavel, un psicoanalista desencantado de su trabajo con una hija que cada vez se distancia más de él; y finalmente Medhi, un joven magrebí que se deja seducir por el integrismo religioso.

Seguimos a estos personajes representativos de la sociedad francesa contemporánea durante cuatro jornadas a lo largo de un año, lo suficiente para captar su situación existencial, sus circunstancias y anhelos. Los descubrimos en el verano del 2015 y los seguimos hasta la primavera del 2016, unos años marcados, por otro lado, por los atentados de *Charlie Hebdo* y del Bataclan. La autora ha querido anclar su relato en este período convulso para reflejar el impacto que tuvieron los ataques en la sociedad francesa, su impotencia y al mismo tiempo angustia puesto que, «en una sociedad individualizada como la capitalista, cualquier reacción colectiva resulta neutralizada», tal como Sélène afirma citando a Alain Badiou.

Orna, periodista de la vieja escuela que choca frontalmente con el nuevo periodismo digital, tan efímero como vacío, se encuentra una noche delante de su casa, tirado en el suelo, un gran bulto. Resulta ser un hombre. Incapaz de ayudarlo, sube a su casa y piensa que alguien lo hará. Cosa que efectivamente pasa, pero, roída por la mala conciencia, se pone a buscarlo. Su búsqueda da músculo a la intriga, que se ambienta en el barrio de Belleville de París, pero también en Dubái, donde Sélène observa horrorizada la práctica del *shopping* como «antídoto a la náusea existencial», todo un guiño a Sartre.

La prosa de Curiol es efectiva, sin pretensiones estilísticas, pero sorprende la narración en primera persona de Medhi, con un lenguaje SMS que sirve para pintar de manera realista este chaval musulmán que se repite «No future», y que es consciente de que, con el nombre que tiene, no va a encontrar trabajo. Medhi se sitúa en oposición directa a Orna y Sélène, hijas acomodadas de un constructor racionalista que había levantado presas y puentes, convencido de que existe el progreso y de que el mundo material, como el de los hombres, se rige por leyes. Sin embargo, esta novela sin final concreto viene a reflejar que el impulso de revuelta, si bien está latente, ya no es posible. Lo único que salva esta humanidad es el Amor, afecto al cual Curiol dedica el libro, que se cierra con un homenaje a Paul Auster, escritor que animó a la periodista en el camino hacia la escritura.



VALÉRIA
GAILLARD

Seguimos a estos personajes representativos de la sociedad francesa contemporánea durante cuatro jornadas a lo largo de un año, lo suficiente para captar su situación existencial, sus circunstancias y anhelos. Los descubrimos en el verano del 2015 y los seguimos hasta la primavera del 2016, unos años marcados, por otro lado, por los atentados de *Charlie Hebdo* y del Bataclan. La autora ha querido anclar su relato en este período convulso para reflejar el impacto que tuvieron los ataques en la sociedad francesa, su impotencia y al mismo tiempo angustia puesto que, «en una sociedad individualizada como la capitalista, cualquier reacción colectiva resulta neutralizada», tal como Sélène afirma citando a Alain Badiou.



Céline Curiol.